PIELES

Alba Pilar Cotano Angrino

Image not found.

Capítulo 1

PIELES

Se versa el tiempo y como tal, los atañe. Se expande el silencio y el juego se hace palpable. Se escucha una risa lejana, pero para los dos implicados, quizá, demasiado cercana.

El juego de las pieles comienza. Es mudo, no necesita música que lo acompañe, ni verso que lo describa, ni lienzo que lo retrate. Se hace esperar y como todo lo que es bueno, es lento. Está formado por caricias, por besos y por espaldas desnudas que se dejan al descubierto. Por cicatrices, por instinto y por un poco de miedo.

Ay, el juego de las pieles, es dulce, es amargo, es efímero y eterno. Todo depende, claro, de los participantes y del contexto.

En particular estos dos son un buen ejemplo. Han empezado con una tanda de largos y húmedos besos. Sus labios juegan a encontrarse y a separarse, sus lenguas se abren paso lentamente por sus bocas. Parecen un par de locos, estos dos amantes, se han inmerso en un sueño del que nadie querría despertarse, se han recostado en la cama antes de empezar a desnudarse y han comenzado a besarse.

De fondo vuelve a surgir la risa. Está parece cortar el aire y se asemeja, aunque solo un poco, al pistoletazo de salida que tiene cualquier carrera decente. Los dos amantes parecen darse cuenta de este detalle y como si fueran dos atletas a punto de comenzar una competición sonríen y comienzan, el uno al otro, a desnudarse.

Uno de ellos es mejicano y el otro es español. El primero de ellos es pescador y el segundo profesor. Han coincidido en la Ciudad del Carmen, una pequeña y bella localidad que se encuentra al suroeste de la península del Yucatán.

- Muy lejos estás de casa – susurra el pescador.

Si se escucha con atención se puede oír en su tono de voz un tinte de lamento, como si profiriera una maldición. Se han conocido esa tarde, en el puerto. Él, el pescador, lo invitó a subir a su barca.

- Te lanzo un *chance*. Te arrimo a ver el mar.

El profesor, el español, vaciló, pareció dudar. Miró la barca con atención, lo miró a él con detenimiento y después contemplo sus zapatos, reflexivo. Iba bien vestido, pantalón largo y oscuro y camisa blanca algo desabrochada. El pescador no recrimino aquel comportamiento,

comprendió que titubease. Allí en México había muchísimas mafias, muchísimos ladrones, muchísimos maleantes que atacaban, robaban, secuestraban, extorsionaban y asesinaban (aunque esto último en contadas ocasiones) a los pobres turistas que confiaban en ellos. Pero él no era así. De vez en cuando ofrecía sus servicios y su barca a algunos viajeros solo por algunos pocos pesos. Toda aquella zona estaba sumida casi en la pobreza y quería salir de aquella ciudad, alejarse con su barca, navegar, viajar. Por eso mismo, quizá, se sorprendió tanto de que aquel español aceptase su oferta.

- No tendré otra oportunidad así – explicó.

- Así se habla, *bro* – asintió el mejicano.

Horas después estaban allí, dentro del pequeño apartamento del pescador, metidos dentro de una pequeña alcoba, tumbados sobre la cama después de pasar la tarde entera contemplando el mar, de acariciarse con los ojos mutuamente, de preguntar en silencio si iban a poder tocarse, de oír solo el rumor de las olas chocando contra la pequeña cubierta de una barca antigua a medio despintar. Aquello se parecía, en cierta medida, a un juego, a un tira y afloja constante, a encuentros, a desencuentros, a perseguirse, a esconderse y a encontrarse. Y es que, claramente, el juego de las pieles es mudo, no necesita música que lo acompañe, ni verso que lo describa, ni lienzo que lo retrate.

Sus manos fueron veloces, sus lenguas fueron voraces y antes de que se dieran cuenta se habían despojado mutuamente de todas sus vestimentas. Estas se hallaban esparcidas por el suelo, desvalidas sin ninguna piel que cubrir. Parecían juguetes rotos que un niño ha abandonado en medio de la calle.

Era un juego, claro que sí. Un juego que se enfocaba en el placer, en el deseo. Un juego que consumía, que asfixiaba pero que a la vez revitalizaba. Aquel juego, carnal, exigía goce, excitación y éxtasis y eso mismo se podía comprender y comprobar al mirar, detenidamente, la dureza que dominaba la méntula de ambos.

Pero aquel encuentro, aquella diversión, también estaba teñida y salpicada por el dolor. Muchos años antes el pescador ya había aprendido la lección de que cada vez que compartía su piel y su tiempo con otro, aunque solo fuera por unos minutos, por una noche, unas semanas, unos meses o una vida, en ese intervalo, en aquel espacio tan reducido de su cuarto, amaba a quien fuera su compañero en esa ocasión. Por eso sabía aquella vez, como en tantas otras situaciones, como tantas otras veces, que después de aquella noche, de pasar por los brazos de aquel profesor, tendría que enfrentarse de nuevo al desamor y a la soledad.

Se besaron los labios, se besaron el cuerpo. Se hicieron entonces suyos, pero también se hicieron de *ellos*. Pasaron la noche entre susurros, entre gemidos, entre lamentos, entre caricias y entre durezas. Pasaron la noche a oscuras, con la única luz que ofrecía la luna, pero también la pasaron en vela. El profesor se mostraba más tímido, más dulce, más inexperto, aunque era, claramente, mucho mayor que el pescador, y este era mucho más fiero, un poco más soez y un poco más voraz. Olía a mar, a arena, a sudor y a sexo. Olía a vida y el pescador se río.

Cuando terminaron de rozarse la piel se tumbaron uno al lado del otro y decidieron desnudar un poco sus almas. Hablaron de sus trabajos, de su hogar, de sus sueños y de sus miedos y se dieron cuanta de que, para haber nacido cada uno en la otra punta del mar, compartían mucho más de lo en un principio se podrían imaginar. El profesor le confesó que soñaba con ser escritor, que había ido a México buscando inspiración y el pescador, abrazado a él, manifestó que él deseaba huir, viajar y conocer. Quizá fue por este motivo que, cuando la luz tenue del sol al amanecer comenzó a entrar en aquella pequeña habitación y empezó a lamerles los muslos a ambos, que el pescador, ante la inminente partida del profesor, se conmovió y lloró.

Han pasado ya de esto treinta y dos años y yo soy aquel pescador. No diré mi nombre, pues a nada deseo atarme, ni siquiera a él. Al final de todo deje mi tierra, mi hogar y me eche a la mar a navegar. He conocido mucho, he aprendido más, he amado otras pieles y a ninguna de ellas las he podido olvidar, pero, a día de hoy, aún me pregunto: *¿Mi querido profesor, llegaste a cumplir tu sueño, te convertiste en escritor?*